**Domingo 28º del Tiempo Ordinario (A). 15.10.2017: Mateo 22,1-14.**

***“No hay otra religión que el ser humano”*.Sí y así lo escribo… ¡CONTIGO!**

Un nuevo domingo. Un nuevo relato del Evangelio de Mateo… ¡Y una nueva parábola! Así está siendo la oferta que nos presenta la liturgia de las autoridades eclesiásticas católicas: *“Tomando Jesús de nuevo la palabra les habló en parábolas. El Reinado de los cielos es semejante a un rey…”* (Mateo 22,1).

Llevamos un buen puñado de domingos en los que sólo se nos ha proclamado una parábola tras otra, tomadas de los capítulos decimoctavo hasta el vigésimo segundo del primer Evangelio de nuestro Nuevo Testamento. Destaco este dato y, a la vez, vuelvo a denunciar el hecho de habernos silenciado los contextos en los que estas parábolas fueron escritas por el Evangelista y puestas en labios de su Jesús de Nazaret.

Por concretar algo esto, en las parábolas del capítulo decimoctavo Jesús se encontraba de camino hacia Jerusalén mientras ‘enseñaba’ (¿evangelizaba?) a quienes le acompañaban. Y la parábola del rey del reinado de los cielos (22,1-14) se la está contando este mismo Jesús en Jerusalén, y dentro del Templo, a las autoridades de la Religión de los judíos que son los Sumos Sacerdotes, los Ancianos, los Fariseos… (21,23 y 21,45).

La parábola de Mateo 22,1-14 es la tercera parábola que tiene como destinatarios a los tres colectivos de personas con autoridad dentro de la Religión de la Ley de Moisés, y de los reyes David y Salomón y de los profetas escritores y no escritores de la historia del pueblo al que pertenece el propio Jesús, Israel. Es a ellos a quienes se debe aplicar el hacer y decir de ese ‘rey del reinado de los cielos’. Y, seguramente, la reflexión crítica actual será capaz de iluminar el hacer y el decir de quienes se creen y sienten autoridad dentro de cualquier instancia religiosa o institución espiritual que dice que se asienta sobre la roca que es Jesús de Nazaret. Digo esto y añado que es conveniente ahora volver a leerse Mateo 7,12-27. Completo.

*“Muchos son los llamados, pero pocos son los escogidos”* (Mateo 22,14). Me estremece leer este mensaje y me estremece aún más recordar a qué asunto o a quiénes se solía aplicar literalmente estas palabras. ¿Cómo olvidar que esto se afirmaba que lo dijo Jesús de Nazaret pensando en las gentes de la ‘vida religiosa’ o ‘consagrada’, como se la denomina hoy, los que perseveraban y los que abandonaban, los llamados y los escogidos... los religiosos, frailes, monjes, monjas, religiosas… Y, ¿cuántas personas lo seguirán repitiendo aún en este domingo?

*“Había allí un comensal que no tenía el traje de boda…”* (Mateo 22,11). También me estremezco al leer esta afirmación y me estremecen aún más las consecuencias que desencadena este hecho en el rey de la boda, de la comida y del reinado del cielo… Creo que deberé seguir investigando para no aceptar como buena interpretación que este ‘traje’ es aquello que alguien dijo de ‘**el cielo** que me tienes prometido ni… **el infierno** tan temido’.

En realidad, me estremece leer toda la parábola que les propone este Jesús del Evangelio de Mateo a aquellas autoridades de la Religión de Israel, porque **interpreto que**, en estas tres parábolas que son la misma, **se está anunciando que no hay otra religión que el ser humano**.

**Domingo 47º del Evangelio de Marcos (15.10.2017): Marcos 14,17-31.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Recuerdo, según el comentario anterior, que María Magdalena nos había escrito las cuatro primeras unidades literario-teológicas del decimocuarto capítulo del Evangelio de su Jesús de Nazaret: La autoridad religiosa decide acabar con Jesús (14,1-2); una mujer confiesa quién es su Jesús (14,3-9); Judas decide traicionar a Jesús (14,10-11) y Jesús decide celebrar la Pascua de su religión para decir quién es y cuál es su misión (14,12-16).

Seguimos la lectura del relato de la Evangelista y comentamos sus siguientes unidades: la quinta unidad es el anuncio de la consumación de la traición de Judas (14,17-21; la sexta unidad, en el centro de las once unidades de este capítulo decimocuarto, es el relato de las palabras y gestos de Jesús durante la cena de la Pascua (14,22-26) y, por ahora, la séptima unidad es el anuncio de la negación-traición de Pedro que se realiza en el camino mal iluminado desde el lugar de la cena hasta el llamado ‘Monte de los olivos’ (14,27-31).

El título en negrita de esta unidad sexta, la central de todo este capítulo del Evangelio, suele ser en las Biblias éste: **‘Institución de la eucaristía’**. De manera tan distinta como semejante, estos hechos y dichos de Jesús los encontramos también contados en Mateo 26,26; Lucas 22,15 y Primera Carta a los Corintios 11,23. Al Evangelista Juan… ¿se le olvidó constatar este hecho de tanta transcendencia para los siglos del futuro eclesiástico? Puede. O no.

Sin embargo, no muy posteriormente, la que podríamos llamar pastoral sacramental de la iglesia y de su teología han proclamado que en este momento Jesús institucionalizó dos sacramentos. Uno, la santa misa, fracción del pan, comunión o eucaristía. Y el segundo, o el primero, como se le quiera considerar: el sacerdocio. Y al parecer, uno y otro sacramento son las dos caras de la misma y única moneda. ¿Por qué sin el uno no puede existir el otro?

Me permito decir y escribir que por más que leo, medito, valoro, interpreto, estudio críticamente no veo, al menos en este relato de Marcos-María Magdalena 14,22-25, ninguna institucionalización de ninguno de ambos sacramentos. Seguramente que estoy ciego o equivocado. Por ningún surco del texto tejido por esta Evangelista leo aquello que se proclama a bombo y platillo: ‘Haced esto en memoria mía’. Y sólo vosotros, los doce apóstoles y varones. Y sólo vosotros y vuestros sucesores. Solo varones. ¿Para siempre?

Lo que, en cambio, sí leo es que en aquella cena había seguidoras y seguidores, apóstoles y discípulos. Creo que Bartimeo el de Jericó, que entró en Jerusalén, sigue con el grupo. Y las mujeres, y no pocas, que están con Jesús desde Galilea, siguen estando en esa cena. Y entre ellas, de manera muy inteligentemente atenta está María Magdalena, que no pierde ojo, ni oído, ni boca ni mano (Marcos 15,39-47). ¿Para estas laicas y laicos no existe la clerecía?

Y un interrogante que me persigue desde hace años y no acertaré a asimilarlo en toda su hon-dura y capacidad liberadora: Si los cuatro Evangelios cuentan de forma semejante el anuncio de la traición de Judas y el anuncio de las negaciones de Pedro, lo que cuentan entre ambos anuncios, ¿será también semejante o serán cuatro eucaristías diferentes? Leámoslo, por favor.